

LA HONRADEZ MUSEO DE ARTES Y MANUFACTURAS



PROPIEDAD DE JOSÉ SUSINI, LA HONRADEZ FUE LA PRINCIPAL EMPRENDEDORA DEL USO DE LA MARQUILLA CIGARRERA COMO MODELO COMERCIAL QUE, APROVECHANDO LA CROMOLITOGRAFÍA, SENTÓ UN PRECEDENTE TECNOLÓGICO, ARTÍSTICO Y PROMOCIONAL. EL ESTUDIO DE ESAS ETIQUETAS CORROBORA EL AVANCE INDUSTRIAL Y PUBLICÍSTICO DE LA PRODUCCIÓN CIGARRERA EN CUBA. AL ESTAR DIRIGIDOS A UN AMPLIO PÚBLICO, ESOS ENVOLTORIOS DE CIGARROS PUEDEN REVALORIZARSE ICONOLÓGICAMENTE COMO UN PORTAL GRÁFICO DEL COSTUMBRISMO CUBANO DENTRO DE LAS PRÁCTICAS CULTURALES DEL SIGLO XIX.

por **YADIRA CALZADILLA**

En la actualidad, a casi ochenta años de que Fernando Ortiz hiciera una llamada en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) al rescate y estudio de las representaciones gráficas de la litografía tabacalera, comienza a entenderse la importancia de las cajetillas de cigarros del siglo XIX como testimonio visual de las expresiones populares en la sociedad cubana de esa época. Planteada desde las «ciencias del folklore» por ese sabio cubano, esta temática puede abordarse mediante el estudio de las prácticas culturales, específicamente del «costumbrismo» como movimiento artístico y literario que se dedicó a tipificar los colectivos humanos (raza, etnia y nación), diferenciándolos entre sí por región geográfica o país concreto.

Una vez lograda la sistematización de las llamadas «marquillas cigarreras» en colecciones gubernamentales y privadas, resulta indudable que fue la fábrica La Honradez, propiedad de José Susini Ruiseco, la principal emprendedora de un modelo comercial que, aprovechando la cromolitografía, sentó un precedente tecnológico, artístico y promocional. En este artículo se aborda, mediante el análisis iconológico, la revalorización de esos envoltorios de papel como patrimonio histórico-artístico y documental en dos vertientes: como testimonio del avance industrial y publicístico alcanzado por La Honradez, y como portal gráfico del género costumbrista que venía manifestándose a través de la literatura y las artes. Y es que por ser el cigarrillo un producto dirigido al amplio público, sus cajetillas fueron el soporte de una prolifera colección de imágenes pintorescas que recogen tipos, personajes y escenas de la Cuba decimonónica.

CONTRAPUNTEO DE MARQUILLAS Y HABILITACIONES

Como primer paso, resulta imprescindible establecer una distinción entre los cigarrillos (picadura envuelta en papel) y los llamados «puros» (tabaco torcido). En correspondencia con esas tipologías, aprovechando el desarrollo de la impresión cromolitográfica, durante la segunda mitad del siglo XIX proliferaron tanto las marquillas cigarreras como las etiquetas para las cajas de habanos (juegos de habilitaciones).

Esta gráfica vinculada al comercio de tabacos y cigarrillos comenzó siendo monocromática y cumplió siempre una función legitimadora. Surgió ante la necesidad de proteger los productos de los fraudes y las falsificaciones que venían ocurriendo desde el fin del estanco del tabaco en 1817,¹ cuando se liberó el cultivo y tráfico de esta solanácea y, por ende, crecieron la producción y el consumo tabacaleros. Sus primeras imágenes eran a una sola tinta y fueron realizadas por la Litografía del Gobierno y la Imprenta Litográfica de la Real Sociedad Patriótica de La Habana, talleres que se dedicaron desde su inauguración en 1839 al grabado de ilustraciones, partituras, planos y etiquetas comerciales.² La creciente

competencia entre productores tabacaleros, así como el auge de las marcas, enriquecieron la presentación y funcionalidad de los envases de cigarros y habanos, apareciendo nuevos diseños de cara al consumidor.

La cromolitografía llega a Cuba precisamente gracias a la iniciativa de José Susini, quien implementa esa técnica de impresión a varios colores en su fábrica La Honradez hacia 1860.³ A partir de ese momento aparecen sus marquillas cigarreras polícromas, que fueron imitadas por otras marcas, incluidas firmas mexicanas que imprimían en Cuba y se llevaban esas cajetillas a su país.⁴ También es importante destacar que no es hasta 1884 que se declara de manera oficial el uso obligatorio del «juego» o «conjunto de habilitaciones» para las cajas de puros,⁵ con lo cual se produce un incremento de la impresión cromolitográfica de estas etiquetas, empleándose el troquelado y el llamado «pan de oro». Este dorado característico siguió aplicándose cuando el *offset* desplazó a la cromolitografía a inicios del siglo XX.

Mientras el juego de habilitaciones de las cajas de puros se mantuvo hasta hoy día, no ocurrió lo mismo con la marquilla cigarrera, ya que este envoltorio de papel desapareció a finales del siglo XIX. Este fue sustituido por el envase de cartulina sin mayores pretensiones artísticas, salvo el logotipo de la marca. A continuación se hace una distinción entre habilitaciones y marquillas teniendo en cuenta: diseño, iconografía e interés coleccionable. Esto permite despejar confusiones terminológicas que arrastran a veces hasta los propios especialistas, además de acentuar la singularidad de la marquilla por su «carácter de serie continuada».⁶

Con respecto al diseño, el juego de habilitaciones, se compone por varias piezas que adornan las cajas de cedro de los habanos: *cubierta, filetes, costeros, largueros, papeleta y contraseña* (o *tapaclavo*) cubren el exterior; *vista* y *bofetón* van colocadas en el interior del envase; y los *anillos* o *vitolas* envuelven los puros por uno de sus extremos. Cada una de estas etiquetas cumple una función determinada que puede ser de carácter identificativo, estético o para proteger las cualidades fundamentales del habano.⁷

Por su parte, los cigarros se identificaron con una única tipología cromolitográfica: las envolturas o papeletas para cajetillas de lujo, hoy denominadas marquillas cigarreras. Medían 12 x 8,5 cm. y contenían entre 20 y 25 cigarrillos para la venta. Este enrollado se fijaba con pegamento, de modo que el lado superior quedara sellado con dobleces, mientras que por el inferior podían extraerse los cigarrillos. En cuanto a su diseño gráfico, las marquillas se componen de tres secciones: *orla, emblema* y *escena*.

En forma de L, la orla ocupa las franjas superior e izquierda, llenas de diferentes alegorías que suelen estar relacionadas con la serie a la que pertenece la marquilla. El emblema, a la derecha, tiene los datos de la empresa:

marca, logotipo, eslogan, ubicación de la fábrica y nombres de los propietarios. Así, en el caso de La Honradez, la imagen publicitaria es una mujer parada encima del globo terráqueo, denotando el alcance internacional de la fábrica. Además, tiene los ojos vendados y sostiene con su mano derecha una balanza, a la par que unas hojas de tabaco con su mano izquierda. Así se convierte en una alegoría de la dama de la justicia, al simbolizar el equilibrio entre la calidad del producto y las buenas prácticas comerciales; de ahí que el mensaje publicitario sea «Los hechos me justificarán».

Ocupando el centro de la cajetilla, se encuentra la escena. Esta representa generalmente una acción, historia o acontecimiento, en dependencia de cuál sea la serie; por ejemplo: «Alegorías infantiles cubanas del cigarro y del tabaco» (ver imagen en página 25). Al igual que el resto de las series, esta se compone de varias escenas, cuyo título específico aparece a manera de iconotexto: *La cajetilla Bocoy*, en este caso. En ocasiones, alrededor de la escena hay medallas, escudos o promociones sobre las Casas Reales de las cuales era proveedora la fábrica.

En cuanto a la iconografía, el público consumidor de estos productos era determinante. Por estar destinadas a la exportación y la alta sociedad, la caja de puros tiene una gráfica eminentemente decorativa, priorizando el paisaje bucólico, la heráldica española y la simbología asociada al comercio del habano; además de emplear como elemento fundamental la figura femenina: elegantes mujeres de tez blanca o exóticas aborígenes de senos descubiertos.

Al llegar a distintas capas sociales, incluidas aquellas de menor poder adquisitivo, los envoltorios de cigarrillos presentan dibujos de trazos más sencillos y recrean una amplia gama de temas relacionados con la vida cotidiana, enfatizando en las expresiones de arraigo popular: religiosas, artísticas, deportivas, comerciales o simplemente mundanas. Aparecen personajes costumbristas como el novio de ventana, el negro calesero, la mulata de rumbo... Y lo que es muy importante: esta iconografía presenta un estilo pintoresco o satírico, cuyo «único paralelo se encuentra en los grabados de las publicaciones periódicas, especialmente en las caricaturas».⁸

Al comparar ambas expresiones cromolitográficas, Fernando Ortiz llama la atención incisivamente sobre su necesaria diferenciación como fuente documental: «Las colecciones que ahora se hacen, llamadas malamente de vitofilia [sic], generalmente de típico barroquismo, no representan el caudal ingenioso de los dibujos de las cajetillas de cigarrillos, que cubrió todos los campos desde la geografía, la realeza y el ejército hasta la ironía y la picaresca pornográfica».⁹

En relación al coleccionismo, en el caso de las habitaciones, se produjo un interés natural de conservarlas por parte de los propios dueños de fábricas tabacaleras y otros «indianos», como eran llamados los negocian-

tes prósperos españoles que regresaron a su tierra natal hacia 1898 tras el fin de la guerra en Cuba. También los soldados llevaron consigo como recuerdo las anillas o vitolas de los tabacos que consumían. De ahí el origen del término «vitofilia» que se emplea para denominar la afición de coleccionar anillas de puros y otros exponentes de la litografía tabacalera.

Las marquillas cigarreras surgen como piezas coleccionables, cuyas escenas o estampas pertenecen a una serie continuada y pueden recopilarse en álbumes. Algunas de esas colecciones se conservan en fondos de instituciones como el Museo de Arte Colonial y el Archivo Histórico, ambos de la Oficina del Historiador de La Habana (OHH), y en la Biblioteca Nacional de España, en Madrid. En cuanto a la reproducción de las marquillas cigarreras en libros, destacan varias obras de Antonio Núñez Jiménez que describen muestras de una extensa colección que formó parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí.¹⁰

Dentro de esos fondos predominan ampliamente las marquillas de la fábrica La Honradez, por encima de otras marcas comerciales. Sin dudas, la empresa de Susini fue la impulsora de las cajetillas como envoltorios coleccionables. Por eso debe comprenderse la manufactura de sus cigarrillos como un conjunto de procesos productivos que combinaban las actividades manuales y el empleo de avances tecnológicos, a la par del empeño promocional y/o publicitario. Este era el caso de los recorridos guiados por los departamentos de la empresa, de los que existe un valioso testimonio: la propia serie de marquillas con el título «Una visita a la fábrica La Honradez». De esas piezas cromolitográficas se conservan 11 escenas dentro de un álbum de etiquetas comerciales en los fondos del Archivo Histórico de la OHH, mientras que otras dos marquillas han sido reproducidas por Núñez Jiménez en sus libros ya citados.

UNA VISITA A LA FÁBRICA LA HONRADEZ

Con ayuda de esas 13 escenas puede emprenderse un recorrido virtual por ese gigante de la industria cigarrera del siglo XIX (ver infografía en páginas 26 y 27), aprovechando también dos importantes fuentes documentales: los libros *Real e Imperial Fábrica La Honradez* (1867) y *Cuba a pluma y lápiz* (1871), de Samuel Hazard. El primero de ellos, realizado en la imprenta mecánica de la propia fábrica, es una compilación de reseñas y artículos publicados en Cuba y el extranjero. Además, incluye grabados de algunos de sus departamentos principales, así como documentos oficiales y testimonios de las visitas guiadas por la fábrica entre 1862 y 1867. En cuanto a la conocida obra del viajero estadounidense, su capítulo X sobre manufacturas está dedicado casi en su totalidad a La Honradez, donde Hazard asevera: «Que no se imagine el viajero, por lo tanto, que ha visto La Habana si la abandona sin antes visitar el lugar donde se elabora esta



Las hoy denominadas marquillas cigarreras fueron concebidas como envoltorios para cigarrillos que contenían entre 20 y 25 unidades. Estas papeletas —de aproximadamente 12 x 8,5 cm.— surgen durante la década de 1860. Las cromolitografiadas eran conocidas como «cajetillas de lujo» (imagen izquierda) y las impresas a una sola tinta como «cajetillas comunes» (imagen derecha, de la colección personal de Emilio Cueto).

peculiar institución del país, tan bien conocida como el palacio del gobernador, con el nombre de “Real e Imperial Factoría de La Honradez”». ¹¹

Si bien algunos impresos monocromos sitúan a esa empresa en Aguiar 11, todo hace indicar que corresponden a su etapa inicial, luego de que «La Honradez» fuera registrada en 1853 como marca comercial por la madre de José Susini y Ruiseco: Concepción Ruiseco de Susini. Sus iniciales C.R.S. siguen imprimiéndose en las cajetillas cromolitográficas que comienzan a producirse hacia 1860, cuando la Fábrica ya ocupaba la Plazuela de Santa Clara, abarcando cinco de los edificios en la manzana delimitada por las calles Cuba, Santa Clara, Sol y San Ignacio. A partir de 1862, en el emblema aparece «Luis Susini e Hijo» (o también, sus iniciales), ya que ambos comparten el negocio. Aunque el padre muere en 1863, no será hasta 1866 que figuren solamente las letras S y R, correspondientes a los apellidos de José: Susini y Ruiseco, dueño definitivo de la marca hasta 1888, cuando la vende al tabaquero Prudencio Rabell. ¹²

La serie «Una visita a la fábrica La Honradez» tiene las siglas C.R.S. y la dirección de la calle Cuba, por lo que data del periodo comprendido entre 1860 y 1862, tal vez de este último año, cuando probablemente se iniciaron los recorridos guiados. Ellos contribuyeron a fortalecer la superioridad de esta empresa con respecto a otras firmas cigarreras: Reconoce tal realidad, el escritor habanero José Socorro de León, quien, tras su visita en enero de 1864, afirma: «Al ver las marcas de los cigarros de La Honradez, que son los que fumo, y en cuyos grabados se da una idea de lo que es

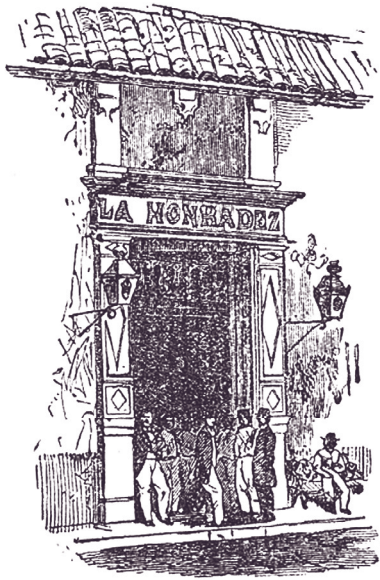
la fábrica, creí que había exageración; pero la visita me ha convencido de que dichos grabados no dicen todo lo que es esta casa digna de Europa». ¹³

Catalogada como «fábrica-museo» y «verdadero museo de artes y manufacturas» por el *Diario de la Marina*, ¹⁴ este inusual calificativo para la época puede corroborarse gracias a una minuciosa descripción de otro escritor, el puertorriqueño Alejandro Tapia y Rivera. Su texto permite entender grosso modo el flujo productivo de La Honradez como la confluencia de varios procesos manufactureros: la preparación de la picadura y el papel de liar; el enrollado y empaquetado de los cigarrillos, y la envasadura de las cajetillas en barriles y cajas de distintos tamaños (ver infografía en páginas 26 y 27).

A esta cadena productiva se sumaba el que podría entenderse como «proceso artístico» en el taller de litografía, donde —apunta Tapia— «dos dibujantes se ocupan dentro del establecimiento, en hacer graciosos diseños que impresos luego con tintas de colores por medio de una perfeccionada prensa cromolitográfica también movida por vapor, forman lo que se designa como envolturas o papeletas para cajetillas de lujo». ¹⁵

Sin lugar a dudas, la aplicación de los más recientes avances científicos y tecnológicos en función de la producción cigarrera favoreció que La Honradez se convirtiera en un modelo industrial de referencia universal. El empleo del vapor como fuerza motriz posibilitó que fueran mecanizadas las actividades de cernir la picadura, cortar el papel y aserrar la madera para los barriles y cajas. Asimismo, permitió que fuera automatizado innovadoramente el enrollado de

Una visita a la fábrica La Honradez

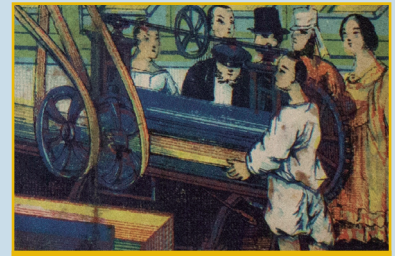


Acceso a La Honradez por la calle San Ignacio

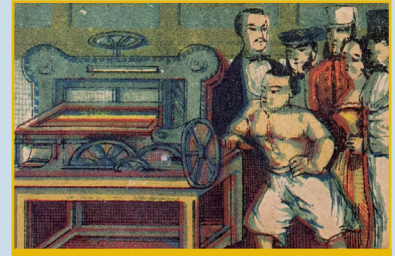
Sita en la Plazuela de Santa Clara, la fábrica La Honradez fue fundada por José Susini en 1853. Ocupaba casi toda la manzana delimitada por las calles Cuba, Santa Clara, Sol y San Ignacio. Por esta última se hallaba la entrada de acceso a los recorridos guiados, a los que asistían los visitantes —en su mayoría, extranjeros—, para quienes la fábrica se convirtió en cita obligatoria. A su llegada, estos registraban sus nombres en un libro de firmas, sobre el buró de administración, desde donde se gestionaban, mediante una telégrafo, todas las órdenes de trabajo.

PREPARACIÓN DE LA PICADURA

La picadura, procedente de Vuelta-Abajo, pasaba por un proceso de secado. Después se trituraba mediante prensas hidráulicas y se le aplicaba un tratamiento químico, a modo de riego, que perfumaba y propiciaba el distintivo sabor de la marca.



Prensa para contraseñar el papel



Prensa de cortar papel movida a mano

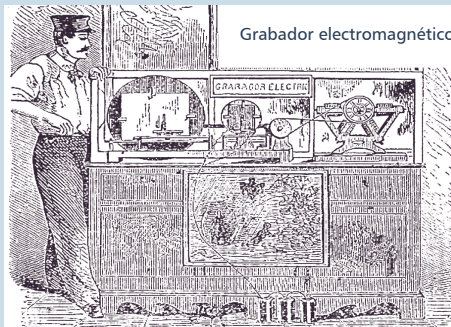
PREPARACIÓN DEL PAPEL

El papel empleado para los cigarrillos podía ser de arroz, anís, maíz, mate, tabaco, trigo... o papel común, siendo este el más cotizado por su facilidad de combustión. Mediante prensas mecánicas y movidas a mano, este era cortado del tamaño preciso y se contraseñaba para identificar los cigarrillos, mediante esa marca, de otras firmas comerciales. Estas tareas y otras relacionadas con la elaboración y empaquetado de los cigarrillos, eran ejecutadas por chinos.

TALLER DE LITOGRAFÍA



Impresión de cajetillas con nombres

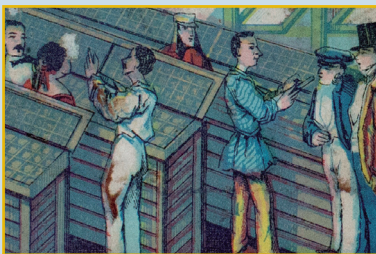


Grabador electromagnético

La Honradez contaba con un taller de litografía donde se imprimían las marquillas cigarreras, en cuyos diseños participaban dos dibujantes. Estos envoltorios fueron los primeros en gozar, a partir de la década de 1860, de las

ventajas de la cromolitografía. Entre los magníficos adelantos tecnológicos introducidos por Susini estuvo un grabador electromagnético de origen francés, que agilizaba el proceso de impresión litográfica.

ENROLLADO Y EMPAQUETADO DE LOS CIGARRILLOS

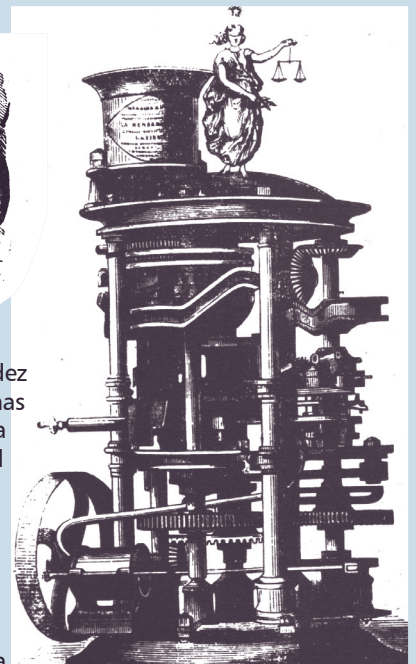


Departamento de los cajistas

Lista la picadura y el papel de liar, estos pasaba a manos de los cigarreros, quienes se encargaban de armar los cigarrillos. Luego, los cajistas colocaban los cigarrillos en las cajetillas.



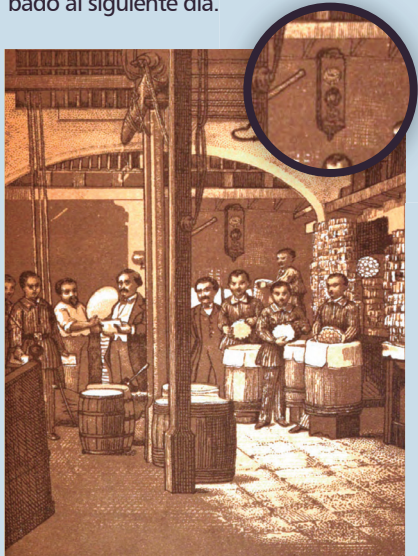
Además de inmigrantes asiáticos, trabajaban para La Honradez más de mil soldados de la guarnición de La Habana, algunas familias desfavorecidas de la zona de Bejucal y mujeres de la Casa de Beneficencia, para las cuales fundó Susini, en 1864, el Asilo-Taller Nuestra Señora de las Mercedes. El gran número de empleados con que contaba la fábrica hacía posible que la producción diaria de cigarrillos, hacia 1867, llegara a los 3 millones. Además, el hábil empresario ideó un artefacto mecánico para enrollar cigarrillos impulsado por vapor capaz de armar 60 cigarrillos por minuto: la «Máquina Susini». Este artilugio, construido en Francia, resultó galardonado durante la Exposición Universal de París de 1867.



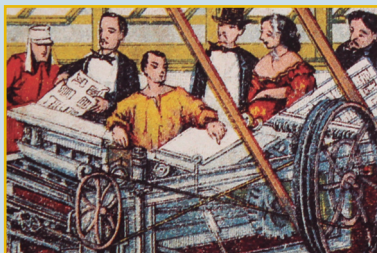
«Máquina Susini» para enrollar cigarrillos

TALLER DE ENVASADURA

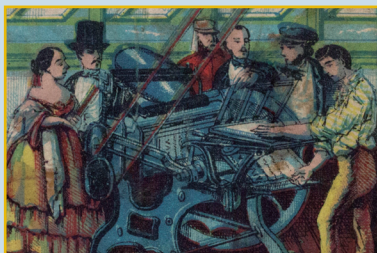
En el taller de envasadura las cajetillas eran colocadas en barriles que se confeccionaban en la propia fábrica, en una carpintería equipada con las maquinarias necesarias. Estos departamentos, al igual que el resto de la casa, contaban con un reloj, donde el sereno, durante la noche, marcaba, cada una hora su paso por ellos. Así quedaba registrado el cumplimiento de la vigilancia y era comprobado al siguiente día.



IMPRENTA MECÁNICA



Prensa tipográfica mecánica

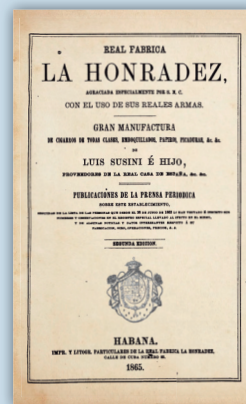


Prensa tipográfica única para circulares

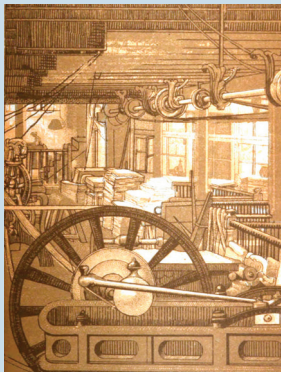
Equipada con prensas tipográficas, la imprenta producía documentos, circulares y un periódico mensual de distribución gratuita. Con 16 páginas y tirada de 10 mil ejemplares, el *Boletín de La Honradez* publicaba precios de productos, noticias del ramo tabacalero, artículos literarios, emblemas y logografos.



En 1867 La Honradez publicó esta obra que reúne artículos (entre 1862 y 1866) de la prensa cubana y extranjera referidos a la fábrica, grabados de algunos departamentos y una reproducción del libro de firmas de visitantes.



AVANCES TÉCNICOS



La Honradez contaba con una potente máquina de vapor que se conectaba, a través de un sistema montado por el techo de la fábrica, con los diferentes departamentos. También poseía una bomba contra incendios, con la cual acudían los trabajadores de la empresa a sofocar el fuego en diferentes zonas de La Habana. Gracias a estos servicios, en 1866 le fue otorgado, por el Ayuntamiento de La Habana, el uso del Escudo de las Reales Armas de la Ciudad en sus marquillas. Para la iluminación del establecimiento existían lámparas de gas y eléctricas. En 1865,

Susini dispuso en la esquina de las calles Cuba y Santa Clara un sistema de alumbrado eléctrico público que funcionaba en las noches.

LAS MARQUILLAS DE LA HONRADEZ

Al finalizar el recorrido cada visitante era agasajado con una cajetilla de cigarrillos que llevaba su nombre y que había sido impresa durante su estancia en la fábrica. Las cajetillas de La Honradez se caracterizaron por ser personalizadas, ya que algunas tenían zonas en blanco para agregarle textos o imágenes. Funcionaron también como espacio publicitario, donde otras empresas anunciaban sus productos o servicios en varias líneas de texto. Algunas series fueron en sí mismas billetes de lotería, con premios de mil y dos mil pesos. En función del entretenimiento, otras series fueron concebidas como barajas para juegos relacionados con el flirteo entre damas y caballeros. Asimismo contienen partituras musicales de las contradanzas en boga para ser interpretadas al piano, fábulas, poemas, y hasta diseños de tapicerías para ser bordados por las damas.

DISTRIBUCIÓN PARA LA VENTA

Por las puertas de la calle Cuba, en la Plazuela de Santa Clara, era distribuida la mercancía que iba a los muelles para la exportación. Las ventas al por menor se hacían en la tienda de Obispo 15, o en unos carretones llamados «ambulancias» que llevaban el producto.



Fachada de La Honradez de la calle Cuba en la Plazuela de Santa Clara



Prensa tipográfica de mano.

La mayor parte de las escenas de marquillas cigarreras que aparecen en esta infografía pertenecen a los fondos del Archivo Histórico de la Oficina del Historiador de La Habana.

los cigarrillos. Susini inventó su propia máquina para liarlos, salvando las enormes dificultades de tratar con materiales tan frágiles como son las hojitas de papel y las porciones diminutas de tabaco. Exhibido en la sección número 60, grupo 6 (*machines outils*) del gran palacio del Campo de Marte, el invento de Susini hizo las delicias de los visitantes a la Exposición Universal de París en 1867. Según comenta un reportaje publicado por la revista madrileña *La América*, estos se detenían ante la pequeña máquina de 50 centímetros de diámetro por 75 de alto, atraídos por su bonito aspecto, mas intrigados por su finalidad desconocida mientras se encontraba parada: «muy pronto luego la admiran marchando al vapor y dando automáticamente por segundo un cigarrillo intachable, que todos se precipitan a recoger y guardar como recuerdo».¹⁶

A Tapia se debe esta enjundiosa exaltación de La Honradez que trasluce el entusiasmo del cronista decimonónico ante el impacto revolucionario de la tecnología, en términos de progreso social y económico, dentro de una industria que entonces parecía fútil y de proporciones limitadas:

«Desde su proximidad se advierte el movimiento material que lleva consigo y caracteriza a un establecimiento fabril de notables proporciones, dejándose sentir ese rumor industrial que es, como si dijéramos, el rumor de nuestro siglo: colmena laboriosa que reasume a toda una civilización y a que concurren la madre Tierra con la planta, el hombre con sus brazos, la industria con sus materias accesorias, el genio de la mecánica con su sabia aplicación de fuerzas, Papin con su marmita, Watt con la perfecta reproducción del impulso, Fulton con sus rápidos transportes, Guttemberg con la publicidad y Snefelder con su invención peregrina que hace de la piedra oleosa un medio hoy perfeccionado de multiplicar rápidamente los ejemplares cromóticos; sin olvidar a Franklin y Morse que también la favorece con las ingeniosas aplicaciones de sus grandes descubrimientos».¹⁷

El potencial tecnológico de La Honradez trascendía la propia fábrica e influía en la vida del resto de la ciudad, al prestar servicios gratuitos como la extinción de incendios con una gran bomba de vapor locomóvil, operada y conducida por maquinistas de la propia empresa. La Honradez sofocó siniestros en edificios vecinos, como el ocurrido en septiembre de 1863 en la Casa del Conde de la Reunión (Aguiar, entre Sol y Muralla) y el de la casa del músico mayor del Cuerpo de Ingenieros (San Miguel y Belascoáin), en la zona extramuros. Para esa fecha, agosto de 1865, Susini había establecido un puesto oficial de bomberos que iban con uniformes. Al año siguiente, por esos servicios, fue condecorado con la Real Orden Civil de Beneficencia y el Ayuntamiento de La

Habana le permitió el uso de las «Reales Armas de la Ciudad» en sus cajetillas.

Para protegerse del riesgo de incendios en sus propias instalaciones, la fábrica tenía montado un telégrafo eléctrico-acústico con seis estaciones en sus principales puntos. De esta manera, podía comunicarse rápidamente la señal de alarma y evitar males mayores. Seis pararrayos ubicados estratégicamente prevenían los daños de descargas eléctricas, entre otras medidas de protección industrial pioneras en su tipo.

Aunque se ha atribuido el primer sistema de alumbrado eléctrico público con que contó La Habana al ingeniero español José Dalmau, quien en 1877 hizo un intento fallido al no contar con una máquina de vapor con la suficiente potencia,¹⁸ es muy revelador que La Honradez estrenó la noche del 29 de octubre de 1865 un sistema de iluminación semejante a los recién aprobados por el Ministerio de Obras Públicas en Francia. Además de alumbrar sus propios talleres, esa luz eléctrica abarcaba desde la Plazuela de Santa Clara en la esquina de Cuba y Santa Clara hasta los balcones del vecino periódico *El Siglo*, que comentó el suceso.¹⁹

El «proceso artístico» también se benefició de una máquina electromagnética para grabar dibujos sobre la plancha litográfica de piedra o cobre. Esta invención del ingeniero francés E. Gaiffe evitaba recurrir al auxilio de un grabador o litógrafo, facilitando que el dibujante pudiera copiar él mismo sus originales. Dicho artilugio fue dibujado por el propio Hazard durante su visita a La Honradez, y aparece impreso en su mencionado libro.

Refiriéndose a la amplia producción de envoltorios, anota el viajero: «el número de modelos de cajetillas para los cigarros es extraordinario, de dos a tres mil, muchos de ellos con hermosos dibujos».²⁰ Desde su predilección por lo pintoresco y lo tópico, a la usanza del costumbrismo literario de la época, destaca: «pero el departamento más interesante para mí, fue aquel en que se hacen los cigarros, trabajo ejecutado por chinos».²¹

PORTAL GRÁFICO DEL COSTUMBRISMO CUBANO

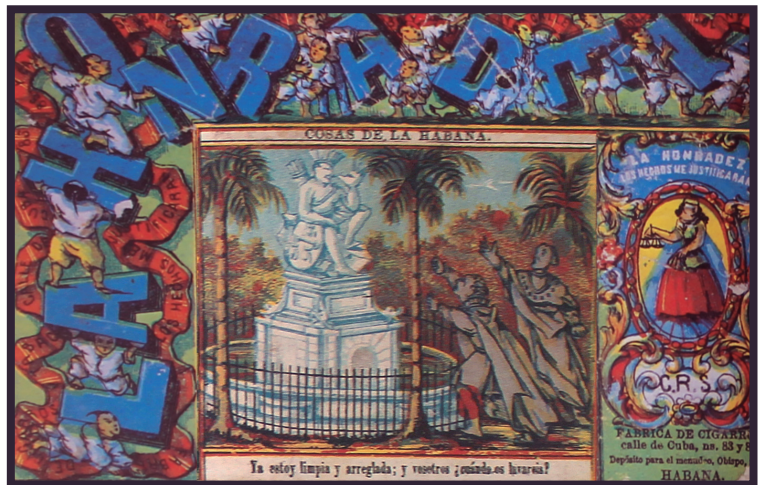
Al ofrecer información visual añadida sobre una época determinada, las marquillas constituyen un exponente de la autonomía de las imágenes como documento histórico, en el sentido de que resultan tan valiosas como las fuentes escritas.²² La interpretación de su iconografía permite asomarse a las ideologías, creencias y sensibilidades que intervinieron en la ideación, fabricación, consumo y coleccionismo de esos envoltorios. Para ello resulta necesaria la decodificación de este testimonio visual como un conjunto gráfico, sin soslayar ninguno de sus componentes: orlas, emblemas, escenas e iconotextos. De subestimarlos, sería imposible comprender la funcionalidad de esas cajetillas y el contexto de emisión/recepción de su mensaje publicístico.

Dirigidos a un amplio público, los envoltorios de cigarrillos pueden revalorizarse iconológicamente como un portal gráfico del costumbrismo cubano dentro de las prácticas culturales del siglo XIX. La mayoría de sus series son una ventana a la vida cotidiana en la sociedad decimonónica. De ahí que Ortiz se refiera a las marquillas como «un tesoro demopsicológico»,²³ ya que estas reflejan las creencias, conocimiento, sentimientos, ideas... en fin, la psicología del pueblo.

Al analizar las marquillas cigarreras como manifestación gráfica, resaltan escenas cotidianas y tipos populares que tienen su correlato en la literatura costumbrista. Así, mientras Hazard expresa su curiosidad por la presencia de trabajadores chinos en La Honradez, estos aparecen representados en las orlas de varias series de marquillas de la propia fábrica (ver imágenes en esta página). Siendo la mano de obra principal de la cigarrería, esta llegó a contar con unos 150 asiáticos que vivían en albergues dentro del establecimiento. De esta manera, a través de su gráfica promocional, la empresa se congratulaba de tenerlos como hábiles operarios, además de ofrecer también empleo fijo a inmigrantes yucatecos y europeos.

Las series de La Honradez se enmarcan dentro del apogeo del costumbrismo a mediados del siglo XIX, cuando ya ha sido publicado *Los cubanos pintados por sí mismos* (1852) con ilustraciones del artista español Víctor Patricio de Landaluze. Tras afincarse en Cuba, este pintor, dibujante y caricaturista de origen vizcaíno ejerció una gran influencia en el desarrollo del género, tanto en la prensa periódica como en forma de libro ilustrado, cuya máxima expresión sería el álbum *Tipos y Costumbres de la Isla de Cuba* (1881).

Aunque diferentes en el estilo de realización, hay una semejanza entre las series de marquillas cigarreras de La Honradez y la obra de Landaluze como costumbrista, al abordar temas idénticos con el mismo tono satírico y/o burlesco. Esto amerita un estudio comparativo de ambas fuentes visuales que tenga en cuenta el dibujo humorístico y la caricatura política en las publicaciones periódicas fundadas por este costumbrista español, entre ellas *La Charanga*, subtitulada «Periódico cubano, literario, joco-serio y casi senti-



mental, pródigo en bromas, cuentos, sátiras, caricaturas y otras cosas».

Todo hace indicar que el modelo gráfico de la prensa cómica o caricaturesca fue adaptado por Susini a sus cajetillas de cigarrillos. La serie «Cosas de La Habana» aborda graciosamente la vida ciudadana con sus conflictos y novedades de actualidad, así como costumbres y tradiciones: los paseos en volantas por las alamedas, los vendedores ambulantes, el interés por la lotería y demás juegos de azar... Otras series evidencian los baños de mar, el cortejo amoroso y el muy curioso hábito femenino de fumar, que arroja evidencias sobre quién era el receptor potencial de los mensajes publicitarios de La Honradez.

En otra tesitura, más burlesca rayando en lo mordaz, la serie titulada «Almanaque profético para el año 1866» refleja —en principio— el prejuicio hacia el negro en la sociedad esclavista, tratándolo como un ser inferior y servil. Sin embargo, hay suficientes matices que ameritan una profundización de cuál sería el contexto de recepción de esas imágenes, teniendo en cuenta que

Estas marquillas cigarreras de 1861 se refieren a la llegada a La Habana de la primera estatua de Cristóbal Colón que tuvo la ciudad, develada el 9 de enero de 1862 en el patio del Palacio de los Capitanes Generales. Fue modelada en 1860 por el escultor italiano J. Cucchiari en mármol de Carrara y satisfizo el viejo deseo de erigir un monumento al Descubridor de América en la ciudad. Las estampas satirizan el acontecimiento, al representar cómo las demás estatuas habaneras se alistan para recibir a Colón. Junto a la Fuente de la India o la Noble Habana, aparecen Carlos III y Fernando VII.

Marquillas cigarreras: portal gráfico del costumbrismo cubano

LAS MUJERES Y EL CIGARRILLO



Comunicación de ardores

Era costumbre habanera que las mujeres fumasen cigarrillos, incluso en sitios públicos. A modo de cortejo, cuando un caballero visitaba a una dama, antes de pasar a la casa, este le ofrecía una cajetilla o un cigarrillo como obsequio.

LOS PASEOS HABANEROS



Avemaría, Pancrasio; me vas machacando todo el vestido

Para las mujeres de sociedad eran comunes los paseos en volanta. Si estas se hacían acompañar de un caballero, él debía sentarse a su izquierda. Las damas se esmeraban en su peinado y vestuario y usaban abanicos por el calor.

LOS VENDEDORES AMBULANTES



Los billetes, los billetes que sacan! La piña dulce, los platanitos sabrosos

Los vendedores ambulantes, fruteros y los llamados billeteros eran típicos de La Habana y llamaban la atención por sus insistentes y creativos pregones. Los cubanos, desde la clase más rica hasta los más humildes, compraban billetes de lotería.

«ALMANAQUE PROFÉTICO PARA EL AÑO 1866»

ENERO 1866

1	CONCEPCION
2	S. Isidro
3	S. Antonio
4	S. Aquilino S. Thim
5	S. Tháoforo
6	LOS REYES:
7	S. Julian S. Thadé
8	S. Luciano
9	S. Julian m.
10	S. Micael
11	S. Hilario
12	S. Basilio
13	S. Guzmán
14	S. Hilario
15	S. Pablo S. Marco
16	S. Marcelo
17	S. Agustin
18	S. Pedro
19	S. Camilo
20	S. Fabian
21	S. Isaac
22	S. Vicente
23	S. Vidadon
24	Mra. Bra. de la Pur.
25	Conversion S. Pab.
26	S. Polycarpo
27	S. Juan Crisost.
28	S. Julian ch.
29	S. Francisco de S.
30	S. Martina
31	S. Pío S. Nolasco



Los diablos coronados castigarán tus pecados

ABRIL

1	PASCUA:
2	S. Francisco P.
3	S. Ulises
4	S. Ysidoro
5	S. Vicente Ferrer.
6	S. Celestino
7	S. Rufino
8	CUASIMODO
9	S. Dionasio
10	S. Maria Goeft.
11	S. Daniel
12	S. Leon I. P.
13	S. Victor
14	S. Bernabé
15	S. Basilio
16	S. Toribio
17	S. Aniceto
18	S. Eleuterio
19	S. Vicente
20	S. Yuse de Monte
21	S. Justino
22	S. Sotero
23	S. Jorge
24	S. Gregorio
25	S. Marcos Ev.
26	S. Clato
27	S. Anastasio
28	S. Prudencio
29	S. Pedro Torreal.
30	S. Catalina



Habrà exposición de cañas gordas

«Almanaque profético para el año 1866» se conforma de 12 marquillas que constituyen un calendario, donde cada escena del mes es acompañada del santoral correspondiente. En esta serie se potencia la sátira al combinar celebraciones católicas con alusiones a la población de origen africano. Es el caso del Día de Reyes, el 6 de enero, cuando los diferentes cabildos estaban autorizados a realizar pasacalles por las

principales plazas y los esclavos vestían sus característicos trajes de diablitos. Lo picaresco es consustancial a estas marquillas. Así, aunque la imagen del mes de abril se refiere al fin de la cosecha de la caña de azúcar, alude maliciosamente a la forma fálica de la planta. Otras escenas de esta serie enfatizan en la presunta lascividad y el libertinaje de los negros, quienes aparecen casi siempre perseguidos por el capataz, látigo en mano.

«LA VIDA DE LA MULATA»

La mujer mestiza fue uno de los temas más tratados en las marquillas cigarreras de La Honradéz. En «La vida de la mulata», a modo de historieta, se narra el devenir de este personaje desde su nacimiento hasta su muerte. Las escenas reflejan cómo la mujer mestiza no lo es solo por su piel, sino por sus prácticas culturales, en las que se entrelazan elementos de procedencia europea con los de origen africano. Hija de blanco y de negra, es bautizada en la iglesia católica; desde pequeña tiene inclinaciones hacia el baile y es obligada a vestir de manera similar a las blancas. Por su ritmo y sensualidad se reconoce a sí misma como objeto de deseo, pero su condición no le permite concretar el añorado matrimonio con el blanco y termina sus días enferma y sola. Las imágenes de esta serie pertenecen a la colección de Luis Díaz.



El nacimiento



Llora por el Malakoff



Dios te guarde, sabrososa



Ya tú ni chicha ni limoná

vienen acompañadas del calendario litúrgico católico. ¿Cómo se expresaría la tensión interracial en términos culturales, al celebrarse cristianamente el Día de Reyes y, en esa misma fecha, 6 de enero, irrumpir en las calles los cabildos de nación africanos con sus «diablos coronados»? ¿Cuán atrevida es la escena correspondiente al mes de abril, al establecer una analogía entre la celebración de las Pascuas de Resurrección y la «exposición de cañas gordas», una referencia a la cosecha de la gramínea en términos de connotación fálica? Estas son algunas de las interrogantes que suscita el análisis iconológico del «Almanaque profético para el año 1866».

La problemática de la tensión interracial adquiere un tono distinto en la serie «La vida de la mulata». Hija de colono blanco y negra esclava, ella encarna la transgresión de esa barrera racista y se convierte en objeto de deseo por su sensualidad y libertinaje. Su condición dual de no ser ni blanca ni negra hace que la mestiza viva en constante conflicto, al no lograr desprenderse de ninguno de sus orígenes. Su frustración en la búsqueda de bienestar a cualquier precio es un tema recurrente en la literatura costumbrista de la época: «A la mulata se codicia, se compra, se posee, mas no se ama», sentencia Eduardo Ezponda en su tratado *La mulata. Estudio fisiológico, social y jurídico* (1878).²⁴ Mientras que Cirilo Villaverde refiere sobre la protagonista de su novela *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel* (1839) —clasificada en su segunda edición, en 1882, como «novela de costumbres cubanas»—: «Casada con un mulato, descendería en su propia estimación y en la de sus iguales: porque tales son las aberraciones de toda sociedad constituida como la cubana».²⁵

La figura de la mulata no solo es abordada por La Honradez, sino por otras marcas como Para Usted y La Charanga de Villegas, esta última con dibujos de Landaluze. Todas transmiten la misma moraleja: aunque la mestiza suela imitar a la mujer blanca en su modo de vestirse o comportarse, siempre fracasará desdichadamente por culpa de su propia desfachatez. Cabría preguntarse: ¿Acaso estas series fueron pensadas para consuelo y/o desquite de la mujer blanca, quien era un potencial consumidor de cigarrillos?

El análisis iconológico de las marquillas cigarreras permite profundizar en por qué Ortiz llamó a estudiarlas como un «tesoro demopsicológico». Gracias a este patrimonio gráfico, puede visualizarse el concepto orticiano de *transculturación* y sus audaces reflexiones sobre el mestizaje (cultural y biológico) para explicar la nación cubana como resultado de un complejísimo proceso. Al igual que aquel hizo con la definición de «poesía mulata» en sus textos previos a *El engaño de las razas* (1946), la imagen visual es otro hilo conductor que propicia un «área de estudio transcultural, ajena a cualquier estanco racial y abierta a las experiencias subjetivas e históricas que conforman lo cubano».²⁵

¹José Rivero Muñiz: *Tabaco, su historia en Cuba*, Instituto de Historia, La Habana, 1965.

²Zoila Lapique Becali: *La memoria en las piedras*, Ediciones Boloña, La Habana, 2002.

³Según Zoila Lapique la cromolitografía fue introducida en Cuba en 1861 por José Susini en su fábrica La Honradez. En algunas marquillas cigarreras de esa marca aparece la dirección de la fábrica en la calle Cuba 43, mientras que en otras la ubicación corresponde a Cuba 83 y 85, denotando el cambio de numeración que ocurrió en La Habana a partir de 1860.

⁴Rosa Denise Hellion Puga: *Humo y cenizas. Los inicios de la publicidad cigarrera en la ciudad de México*. Tesis para optar por el grado de Doctora en Historiografía. Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2001, p. 71.

⁵Zoila Lapique Becali: Ob. cit., p. 210.

⁶Adelaida de Juan: *Pintura y grabado coloniales cubanos*, Editorial Adagio, La Habana, 2003, p. 25.

⁷Yadira Calzadilla: «El juego de habilitaciones: habanos, arte y seducción» en *Opus Habana*, Vol. XV / No. 1, feb./jun. 2013, pp. 58-63.

⁸Adelaida de Juan: *Pintura cubana: temas y variaciones*, Uneac, La Habana, 1978, p. 34.

⁹Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, EditioCubaEspaña, España, 1999, p. 435.

¹⁰Antonio Núñez Jiménez: *Cuba en las marquillas cigarreras del siglo XIX*, Ediciones turísticas de Cuba, 1985; *Marquillas cigarreras cubanas*, Tabapress, España, 1989; y *El libro del tabaco*, Pulsar Internacional, México, 1994.

¹¹Samuel Hazard: *Cuba a pluma y lápiz*, Cultural S. A., La Habana, 1928, p. 166.

¹²Florencio Jiménez Caballero y Santiago Godó Rodés: «La familia Susini» en *Asociación Vitolfilica Española*, no. 309, abril-junio 2000. Consultar en <http://www.foropuros.com>

¹³*Real e Imperial Fábrica La Honradez*, Imprenta y Litografía particulares de la Real e Imperial Fábrica de Cigarrillos La Honradez, La Habana, 1867. Del registro de visitantes y observaciones, p. 17.

¹⁴*Real e Imperial Fábrica La Honradez*, pp. 72 y 76. Tomado de *Diario de La Marina* (24 y 27 de enero de 1866).

¹⁵Alejandro Tapia y Rivera: «Industria cigarrera en la Isla de Cuba. La Honradez» en *Real e Imperial Fábrica La Honradez*, p. 48.

¹⁶«Máquina Susini para cigarrillos de la Real e Imperial Fábrica de Cigarrillos La Honradez de Luis Susini e Hijo», en *La América*, año XI, no. 9, Madrid, 13 de mayo de 1867, pp. 11 - 12.

¹⁷Alejandro Tapia y Rivera: Ob. cit.; p. 46.

¹⁸José Altshuler: «Contra las tinieblas: luz» en *Opus Habana*, Vol I, no. 3, 1997, pp. 4-13.

¹⁹*Real e Imperial Fábrica La Honradez*, p. 39. Tomado de *Prensa de La Habana* (14 de octubre de 1865).

²⁰ y ²¹Samuel Hazard: Ob. cit., p. 170.

²²Peter Burke: *Eyewitnessing. The Uses of Images as Historical Evidence*, Reaktion Books, Londres, 2001.

²³Fernando Ortiz: Ob. cit., p. 435.

²⁴Eduardo Ezponda: *La mulata. Estudio fisiológico, social y jurídico*, Imprenta de Fontanet, Madrid, 1878, p. 20.

²⁵Cirilo Villaverde: *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*, Anaya, España, 1971, p. 170.

²⁶José A. Matos Arévalos: «Prólogo» a *Epifanía de la mulatez. Historia y poesía*, de Fernando Ortiz, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2015, p. 22.

Este trabajo de investigación fue desarrollado por YADIRA CALZADILLA como tesis de Maestría en Gestión y Preservación del Patrimonio Cultural en el Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana.